

La Casa De Lola

Stephanie Vílchez,
Colaboradora del Instituto Conductual de Costa Rica
correo svilchez@incocr.org

Dicen que entre más edad tenemos, más sabios nos hacemos y es totalmente cierto, por eso cuando una adulto mayor habla, hay que poner especial atención, porque detrás de cada historia se encuentra un gran mensaje. Hace tiempo mi tía abuela Lola de 92 contó una historia a la cual hoy le doy significado.

Ella se compró una casa en la que vivió mucho tiempo, hasta que la casa, posiblemente, no llenaba sus expectativas, seguramente por ella corrieron ideas como por ejemplo “puedo conseguir otra mejor”, “es el momento de dejar atrás todas las imperfecciones que me atormentan”, “ya estoy aburrida de lo mismo de siempre” etc.

Decidió ponerla en venta y llegó una persona que parecía muy interesada. Para cerrar pronto el negocio, mi tía Lola, comenzó a enumerar todas las cualidades que tenía aquella casa, la persona cada vez se interesaba más con la casa, hasta que dijo “Sí la quiero”. En ese momento Lola se dio cuenta que esta casa era buena, que ella la quería a pesar de todas las imperfecciones que pudiera tener, así que no le quedó más que nombrar todo aquello que le molestaba y además inventar otro tanto, para que el comprador se arrepintiera.

Cuando se fue, ella volvió a quedar con la misma casa. Solo necesitaba alguien que la hiciera recordar qué fue lo que vio de esa casa cuándo la compró y todo lo que había invertido de vida, esmero, dinero y sobre todo valorar todo lo que había vivido ahí.

Y esta casa no es diferente a una pareja o un trabajo.

Hay momentos en los que nos olvidamos que fue aquello que vimos en esta persona, o en aquel trabajo que tanto nos entusiasmo. La rutina y la costumbre hacen que se nos nuble la vista con solo defectos y faltas; defectos y faltas que cada día pesan más.

No es extraño que, como Lola, decidamos que lo mejor es cambiar por otra; una más moderna, con mejores acabados, más fina o simplemente cambiar para huir de todo eso que molesta. Pero no nos asombremos que llegue un tercero que nos haga recordar porque comenzamos a construir esa “casa”.

Es triste que a veces en las relaciones se necesite que llegue un tercero (sin ser necesariamente un amante), o en el caso del trabajo, alguien que se esfuerce más por crecer o por merecer el puesto; estos terceros que sin saber, nos hacen recordar a qué le dábamos importancia y que nos hacen sentir miedo de perder eso que tanto nos costó construir. O en el peor de los casos, que se lleve lo que amamos y no valoramos en el ajetreo de la rutina.

Gracias Lola por esta lección.

.